

LA FORMACIÓN DE LA IDENTIDAD FEMENINA A TRAVÉS DE LA ARQUEOLOGÍA: EL CONTEXTO DE LOS ORÍGENES

M.Angeles Querol. Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid.

RESUMEN

Dentro del marco del proyecto de investigación “La mujer en El Origen del Hombre”, financiado por el Instituto de la Mujer, se presenta aquí una síntesis de los rasgos más significativos que, dentro de este singular y controvertido discurso, han supuesto fuertes cimientos para la creación de la identidad femenina en las sociedades occidentales. Se han dividido en dos apartados: creacionistas y evolucionistas, y la principal conclusión a la que se llega es que, a pesar del “cambio” que supone la aceptación del evolucionismo, los paradigmas básicos de la oposición masculino/femenino, no se ven afectados.

SUMMARY

The research project “Woman in The Origin of Man”, supported by the “Woman’s Institute”, presents here a synthesis of the most significant traits that, inside this unique and controversial discourse, have formed the strong foundations for the creation of the female identities in Western Society. These traits have been divided into two categories: evolutionist and creationist discourses, and the main conclusion is that although the acceptance of evolutionism meant a “change”, the basic paradigms of the male/female opposition were not modified.

PRESENTACIÓN

Gracias a un proyecto de investigación de I+D, financiado por el Instituto de la Mujer y titulado “La Mujer en el Origen del Hombre”, que en la actualidad estoy dirigiendo, he podido dedicarme al estudio de los textos –escolares, universitarios o de divulgación- en los que durante los últimos 150 años se ha contado, en nuestro país, la aparición de la humanidad.

Esa investigación me está demostrando varias cuestiones:

1.- El sistemático uso del pasado (en este caso, el más remoto) para justificar y “arropar” situaciones presentes.

2.- El también sistemático recurso a la “naturaleza” para asumir como “inevitables” toda una serie de asunciones propias de la sociedad occidental actual, destacando entre ellas la pretendida “inferioridad” de las mujeres frente a los varones.

3.- El escaso cambio en los paradigmas básicos del pensamiento en la transición creacionismo/evolucionismo.

4.- El papel fundamental que juegan los mitos sobre el origen en la formación de la identidad humana, tanto masculina como femenina.

Estos cuatro puntos están interrelacionados y no pueden separarse, de modo que en este pequeño trabajo voy a aludir a todos ellos en conjunto, pero muy especialmente a los dos últimos.

LAS MUJERES EN LOS TEXTOS CREACIONISTAS

Hay que comenzar por recordar el Génesis I y II, y como muy bien describe García Estébanez (1992), tampoco debemos olvidar que no existe una sola versión de la creación bíblica. En otros textos figuras de mujeres como Lilith o Naama desempeñan un papel protagonista y luchador que sin duda significaba amenaza para la sociedad patriarcal hebrea. Pero el relato de la creación admitido por la Iglesia como "verídico" no conoce ningún principio femenino ni otorga a la mujer ningún papel protagonista, reflejando con exactitud el pensamiento patriarcal propio de los hebreos, pensamiento que, gracias al triunfo del cristianismo, se convierte en el occidental por excelencia: Dios, que es un hombre, crea al hombre varón a su imagen y semejanza, lo nombra Rey de la Creación y le regala un mundo y un paraíso. Luego, más tarde, cuando observa la soledad de ese Rey, crea a una mujer de su costilla para que le ayude y le sirva.

En todos los libros de Historia Sagrada analizados, la mujer se representa, en el acto de la creación y de la historia original, como secundaria, complementaria o incluso innecesaria. El hombre, por el contrario, es el verdadero representante de la humanidad, validado sobre todo por su semejanza con Dios. En frases y en dibujos esta idea atraviesa siglos modelando las bases del pensamiento occidental, como puede observarse claramente en las ilustraciones que acompañan a los textos escolares de Historia general o de Historia sagrada. Es fácil comprender por qué hoy, este cimientamiento es uno de los mayores escollos ideológicos para el avance del cambio social que supone la incorporación de las mujeres a los espacios públicos.

En el relato bíblico se encajan otros tipos de diferencias humanas, no sólo las presentadas para hombres y mujeres; esas "inferioridades" de unos humanos frente a otros (negro frente a blanco, pobre frente a rico, oriental frente a occidental) han de encontrar una explicación coherente, ya que "toda la humanidad procede de una sola pareja original" –esta es la única forma de asegurar la existencia del "pecado original" en todos los seres humanos, sean como sean-. En los textos españoles analizados, esta explicación de las diferencias tiene también una base bíblica: la torre de Babel. Cuando los distintos grupos que hablaban diferentes lenguas se separaron y se dispersaron, algunos caminaron tanto y se fueron tan lejos que por el camino olvidaron su civilización, se hicieron salvajes, tallaron piedras, construyeron megalitos... y así comienza a admitirse (no siempre, desde luego) la existencia de la Prehistoria (Querol 2001).

La revisión de los textos creacionistas, muy especialmente de las Historias sagradas escolares, desde el último tercio del siglo XIX hasta el presente, nos demuestra que el relato más repetido es el de "barro y costilla", es decir, aquel que sitúa a las mujeres en un lugar subordinado y secundario. Sólo después de 1970, cuando la Ley General de Educación obliga a introducir el Evolucionismo en los textos escolares, y cuando se producen en España un

buen número de movimientos sociales y políticos, muchos de ellos de signo feminista, comenzarán a aparecer en esos textos alusiones al Génesis 1,27, fragmento en el que se enseña que Dios los creó "hombre y mujer", sin establecer distinciones.

LA MUJERES EN LOS TEXTOS CONCORDISTAS

En el primer tercio del siglo XX, con figuras como Mivart o Teilhard de Chardin, la Iglesia católica avanzó un paso hacia la ciencia y apareció así la postura "concordista", según la cual, la evolución puede admitirse siempre que se asuma que en un momento de esa evolución (el momento de la hominización) el creador insufló "el alma" a aquel primate, convirtiéndolo en hombre. Esa reforma de pensamiento está defendida por la cristiandad más culta, pero entre los autores (que no hay autoras) españoles, no deja de tener problemas. En realidad, estos autores estaban esperando que de un momento a otro la Iglesia católica declarara "anatema" la "aberrante" idea de que el hombre procediera, por evolución, de un "asqueroso" mono. Pero no ocurrió así; de hecho, en la encíclica "Humani generis", de 1950, Pío XII "permite" hablar de este tema a los hombres doctos, siempre que acaten sus dictámenes.

Una de las más curiosas reacciones españolas ante esta postura oficial de la Iglesia, de entre las que hemos encontrado en nuestra revisión bibliográfica, es la que utiliza la creación de Eva a partir de una costilla de Adán, como "prueba" de la imposibilidad o la locura que supone la Evolución o Transformismo. La primera vez que aparece esta idea en nuestros registros es en 1919, cuando el agustino Eusebio Negrete, en una obra de Antropología dice que "La formación de Eva tiene metidos a los transformistas en un callejón sin salida. Porque es evidente que Eva no salió de ninguna forma animal...". En 1944 Jesús Simón pone el dedo en la llaga y dice "sería ridículo afirmar la creación inmediata tratándose de aquella (la mujer) y admitir para este (el hombre) la descendencia beluina".

Este fenómeno es presentado, sobre todo en los años centrales del siglo XX, como una "gravísima dificultad para el evolucionismo" en varias ocasiones, sobre todo en obras de jesuitas; la última vez que nos aparece en nada menos que en 1978, en el Diccionario Enciclopédico Espasa, donde se recoge una mala lectura del texto de la Humani Generis (al traducir directamente el latín HOMO por varón), y recordar que la Iglesia da permiso para discutir o sostener que el cuerpo del HOMBRE pueda proceder del de un animal, pero no da ese mismo permiso en lo que se refiere a la mujer.

LAS MUJERES EN LOS TEXTOS EVOLUCIONISTAS

El modelo del "Origen del comportamiento humano" que presenta, mantiene y argumenta Darwin, sobre todo en su obra "La descendencia del hombre", escrita en 1872, está basado principalmente en la asunción de la inferioridad psíquica y física de la mujer, inferioridad cuya explicación está en el valor de la caza como actividad económica originaria.

Darwin defendió que la actividad de la caza, llevada a cabo exclusivamente por los varones, era tan difícil y compleja y obligaba a tanta

coordinación y entendimiento, que provocó o causó el desarrollo de la inteligencia humana (del varón), mientras que las mujeres, esperando pasivas la llegada de los hombres con los alimentos cárnicos, no contribuyeron en nada a ese desarrollo, y “si no fuera por la ley de la igualdad en la trasmisión de la herencia, la diferencia física e intelectual que nos separa de las mujeres aún sería mayor de lo que es”.

Del análisis de las palabras de Darwin se pueden deducir al menos tres paradigmas que nos interesan y que tendrán una vigencia impresionante: el del valor de la caza, el paradigma del progreso unilineal y el de la inferioridad “natural” de las mujeres. Los tres están enlazados entre sí y a su vez con la idea de la familia monoparental con el hombre/mantenedor y la mujer/reproductora propia de la burguesía occidental urbana, que en el centro del siglo XIX está iniciando su impresionante despegue hacia lo que hoy llamamos “aldea global”.

Está claro que Darwin, como cualquier otro ser humano, no tiene otra forma de explicar el mundo que la propia de su momento y su cultura; él observa a las mujeres –la suya principalmente; Darwin fue muy morigerado en sus costumbres- aisladas en el ámbito doméstico, poco inteligentes o emprendedoras, pequeñas y débiles, sumisas y prudentes, o sea, tal cual las ha educado la clase burguesa victoriana, y decide imaginar que todas esas “cualidades” de las mujeres son tan antiguas como la propia humanidad, se formaron en sus primeros tiempos y son por lo tanto “naturales” e inamovibles.

También está claro que los tres paradigmas mencionados, que Darwin no se inventa pero que refuerza con sus teorías, serán utilizados por los tratadistas de finales del XIX y principios del XX, tanto transformistas como creacionistas, como “verdades positivas”, demostradas e inamovibles, es decir, como asunciones previas sobre las cuales se va edificando la filosofía contemporánea occidental.

De acuerdo con esto, en los textos revisados, los discursos contruidos sobre la base de la inferioridad “natural” de las mujeres, tanto por creacionistas como por concordistas como por transformistas, se repiten una y otra vez. En ocasiones, la desigualdad se expresa sobre todo como psíquica (menor valor, menor inteligencia, menos capacidad de mando, imposibilidad de aprender), otras veces como física (menos fuerza, menos tamaño, menos musculatura) y en la mayoría de los casos como ambas cosas; pero nunca se discute. De hecho, cuando a finales del siglo XIX se plantea en los foros académicos “la cuestión de la mujer”, es decir, si tiene ésta derecho a una educación igual a la del varón, el asunto de la inferioridad servirá para justificar posturas tan extremas como la expresada por M. de Revilla, crítico de la Revista Contemporánea, en su artículo “La emancipación de la mujer”, de 1879:

“No hay educación que pueda igualar cerebros que pesan 1.262 gramos con otros que pesan 1.410” (p.459).

La casi ausencia de discusión a este respecto viene refrendada por otra asunción no menos importante: la de la esclavitud que supone la maternidad. Tachando de un plumazo las legiones de mujeres que, en todas las culturas y en todas las épocas han parido y criado a sus hijos e hijas sin dejar de trabajar en los campos, en la recolección, la horticultura o la ganadería ni un solo día,

se asume que “una dificultad inherente a su naturaleza” le impide ser sacerdotisa o jefa de la tribu (igual que ocurre hoy). Además “96 días al año con reglas, nueve meses para cada preñez, una cuarentena tras el parto, doce o quince meses de lactancia y cinco años de cuidados del párvulo, o sea, un total de 7 años para un solo parto... Durante ese tiempo no puede trabajar, ha de ser mantenida... por lo que se halla fatal y jurídicamente incapacitada para toda dirección política, administrativa, doctrinal o industrial” (Proudhon, 1910).

Esta imagen se nos presenta en nuestros textos como indestructible e inmune a cambios y revoluciones. Así, en un manual escolar de Linacero (1933) en plena Segunda República, el discurso de defensa del obrero se pinta de los mismos colores: “El padre trabaja en el taller, en la fábrica, en la oficina, en el campo, donde gana un sueldo con que sostener a su familia. La madre cuida de sus hijos, los cría, los viste, prepara la comida, limpia la casa, cose las ropas... Los niños van a la escuela para aprender muchas cosas y cuando sean mayores trabajarán como su padre, en un oficio, en una profesión que les permita ganar para comer: serán albañiles, carpinteros, mineros, médicos, maestros, ingenieros... ¿Qué te gustaría ser?”

Asombra también la ausencia de duda en textos científicos: “La caza determina la posición de la mujer. En un ambiente de lucha constante y errabunda que domina la vida de los cazadores, no hay espacio alguno para la ocupación, en pie de igualdad, de la mujer, la cual queda ligada al hogar y agota su misión en el cumplimiento de los deberes corporales y caseros” (Behn, 1961), o la bastante más reciente atribución a la caza primigenia de todos y cada uno de los rasgos físicos y psíquicos que distinguen a mujeres y hombres, en la última ficción de Desmond Morris (2000).

La asunción de la caza como principio de diferenciación sexual es, en mi opinión, uno de los más claros ejemplos de ese “uso del pasado para justificar presentes” que señalé al principio como conclusión de mis trabajos. Y es, indiscutiblemente, un buen ejemplo también de los “razonamientos” utilizados en la base de la cultura occidental judeo-cristiana para mantener infravaloradas las actitudes y aptitudes de las mujeres.

Esta última cuestión se plasma de forma muy singular en los lenguajes utilizados en la descripción y representación de los orígenes y primeros tiempos. Son en la mayoría de los casos claramente discriminatorios y por supuesto negativos para el rol de las mujeres: no es que lo que hagan no sea evidente, sino que su valor social es escaso, sea lo que sea. Uno de los mejores ejemplos lo pude encontrar en la exposición de “Atapuerca, Nuestros antecesores”, celebrada en el Museo de Ciencias de Madrid entre mayo de 1999 y mayo de 2000, con un millón de visitantes, en su mayoría público infantil (Querol, e.p.).

En ella, aunque el lenguaje escrito está muy cuidado desde el punto de vista del género, no ocurre lo mismo con las representaciones, casi todas magníficas, con 23 figuras humanas en acción. De ellas, 20 son masculinas y realizan actividades variadas y desde luego de interés para el grupo: cazan, carroñean, consiguen carne, entierran a sus muertos, tallan piedras, aguzan palos, ahuyentan fieras, vigilan la entrada de la cueva o recogen bayas de un

árbol. Y hay 3 mujeres: una cuida a un bebé, otra raspa una piel arrodillada en el suelo y la tercera come.

Por último, y en lo que respecta al lenguaje oral/escrito, debo señalar que al menos hasta 1970 y de forma general, muy especialmente en los textos religiosos, si se habla de hombres se piensa en hombres y si hay que nombrar a las mujeres se las nombra. Así, en el contexto de los orígenes hay argumentos para rechazar la falacia lingüística de la universalidad del masculino; al menos en ese ambiente, las mujeres no somos hombres.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BEHN, Friedrich. 1961. *Cultura de la Prehistoria*. Unión tipográfica editorial hispano americana, México.
- DARWIN, Ch. 1872 (orig.): El origen del hombre y la selección en relación al sexo. 7ª ed. ilustrada con grabados, traducida de la 2ªed. original revisada y aumentada, de 1874. Editorial Diana, S.A. México D.F.
- DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ESPASA. Espasa Calpe, Madrid, 8ª ed.
- GARCÍA ESTÉBANEZ, E. 1992: *¿Es cristiano ser mujer? Siglo XXI de España* Editores, S.A. Madrid.
- LINACERO, Daniel G. 1933. *Mi primer libro de Historia*. 1ª ed. Artes Gráficas Afrodisio Aguado. Palencia.
- MORRIS, Desmond. 2000. *Masculino y Femenino. Claves de la sexualidad*. Plaza Janés Editores S.A. Barcelona.
- NEGRETE, Eusebio. 1919. *Estudios antropológicos, primera serie (Biblia, Prehistoria y Paleontología)*. Imprenta del Asilo de Huérfanos del S.C. de Jesús. Madrid.
- PROUDHOM, P.-J. 1910. *La mujer (Estudio de filosofía práctica)*. F. Sempere y Cia, edit. Valencia.
- QUEROL, M.A. 2001: *Adán y Darwin*. Editorial Síntesis, serie Arqueología Prehistórica nº 5. Madrid.
- QUEROL, M.A. (e.p.): "El espacio de la mujer en el discurso sobre el origen de la humanidad". *Arqueología espacial*, monográfico sobre mujeres. Universidad de Teruel.
- REVILLA, Manuel de la. 1879. "La emancipación de la mujer". *Revista Contemporánea*, Tomo XIX, pp.447-463 y Tomo XX, pp.162-181.
- SIMON, S.J.Jesus. 1944. *El hombre, estudios científicos-apologéticos sobre su origen, antigüedad, naturaleza y destino*. Ed. Lumen. Barcelona.
-